

y las aventuras cantadas al lenguaje serio de la política y de la historia. Algunos monarcas protegieron decididamente las letras y las cultivaban ellos mismos. Alfonso el Sabio dividía el tiempo entre los cantares, la astronomía, las leyes y la guerra. Y la afición y protección de Juan II á la culta literatura hizo su reinado, tan desdichado y funesto bajo el aspecto político, recomendable y glorioso bajo el intelectual.

Ni el espíritu mercantil de los catalanes ni el genio marcial de los aragoneses impidió que se asentaran en su suelo las alegres musas, y que se cultivara con esmero la *gaya ciencia*, no cediendo en mérito y en dulzura sus trovadores á los celebrados cantores provenzales. Barcelona poseía grandes almancen de comercio como Génova y Pisa, y academias florales como Tolosa. La actividad y el movimiento de sus talleres contrastaban con sus justas literarias y sus certámenes poéticos: extraña simultaneidad, que nos pareciera inverosímil si no vieran los armoniosos versos de Ausias March, el Petrarca de los provenzales, y las novelas caballerescas de Martorell, el Boccaccio lemosin, y si no lo certificaran las producciones en prosa y verso que nos legaron los mismos monarcas y príncipes, los Alfonsos, los Pedros, los Jaimés y los Carlos de Viana. Es consolador mirar á Oriente y ver el consistorio literario de Barcelona dotado de fondos por sus reyes, que presidían sus justas y distribuían por su mano los premios poéticos, y mirar luego á Mediodía y ver la municipalidad de Sevilla recompensar con cien doblas de oro al poeta que habia cantado las glorias de su ciudad natal, y ofrecer igual suma cada año para otra composición de la misma especie.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones para indicar cómo iba España en estos siglos viviendo su vida política, religiosa é intelectual. Volvamos á la historia.

## X

Á pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar también de las instituciones y de las libertades políticas, y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y de anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nación é infunden recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los estados. ¿Había de permitir la Providencia que por premio de mas de siete siglos de terrible lucha y de esfuerzos heroicos por conquistar su independencia y defender su fe, hubiera de caer de nuevo esta nación tan maravillosamente trabajada y sufrida en poder de extrañas gentes?

No: bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando mas inminente parecia su disolución, por una extraña combinación de eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del mas impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoración se transforma; y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo, todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración ó talento, inclinación ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran con empeño á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragon, en quien por un concurso de no menos extrañas combinaciones recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragon, el que les suceda no será ya rey de Aragon ni rey de Castilla, sino *rey de España*: palabra apetecida que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la

gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades; *Tanto monta* es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español, pero el mayor brillo del uno modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, desuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que iguallen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y el estrago de costumbres, triste herencia de una sucesión de reinados ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración á clases ni alcurnias enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de la expoliación y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. A poco tiempo la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas, el orden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oyó las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y discolora. Primero la humilla para robustecer la majestad; despues la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecer las rentas de la corona, que se aumenta en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos públicos á los hombres de mérito aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden que necesitan ya saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosos. Aquellos orgullosos magnates que enamorados de la espada habian menospreciado las letras, van despues á enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan á decir á Jovio en el *Elogio de Lebrija*, «que no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios.» Ha hécho pues Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes-maestros, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmovieron mas el solio, ni se turbará mas la paz del reino en cada vacante de estas dignidades, porque ya no hay mas grandes-maestros de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, no siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos

nos es fuerza reconocer que á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos á transformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando mas abocado se podia creer el país á una disolución social, aparece un genio, que sin deber á su primera educación sino la formación de su espíritu á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexion sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros, da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste á los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio coreel, socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos, erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajación del clero y hace cejar la corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la Iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside cortes y tambien celebra y preside torneos, vigila la educación del pueblo, y cuida de la educación de los príncipes, se ejercita en labores de manos bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos, y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección juriconsultos como Montalvo, prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros, capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz, literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oír el sabio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo: una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballerescas hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Échanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es tambien de los esclarecidos reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á la luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de la Poliglota, la empresa tipográfica mas gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

Una negra nube aparece no obstante en el horizonte español, que viene á sombrear este halagüeño cuadro. En el reinado de la piedad se levanta un tribunal de sangre. ¡Triste condición humana! Un príncipe ilustré, y una princesa la mas bondadosa que ha ocupado el trono de Castilla, son los que legan á la posteridad la institución mas funesta, la mas tenebrosa, la mas opresiva de la dignidad y del pensamiento del hombre, y la mas contraria al espíritu y al genio del

cristianismo. Se establece la Inquisición, y comienzan los horribles autos de fe. Los hombres, hechos á imagen y semejanza de Dios, son abrasados, derretidos en hogueras, porque no creen lo que creen otros hombres. Es la creación humana de que se ha hecho mas pronto, mas duradero y mas espantoso abuso. Los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido, y el fanatismo retrasará la civilización por largas edades. Apresurémonos á hacer la Inquisición obra del siglo, producto de las ideas que habia dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, á quienes ella miraba como varones los mas prudentes y santos, de la piedad misma y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto á aquel genio, que en lo demás habia logrado dominar al siglo. Quiso, sin duda, hacer una institución benéfica bajo el conveniente pensamiento de establecer la unidad religiosa, y levantó contra su intención un tribunal de exterminio. Es imposible armonizar los sentimientos piadosos de la magnánima Isabel con las monstruosidades de Torquemada. ¿Era que reconocido el error le faltarian ya ó fortaleza ó medios de contener los brazos de aquellos freidores de carne humana?

Pero apartemos la vista de tan sombrío cuadro, y llevémosla á la pintoresca y magnífica vega de Granada. Frente á esta ciudad, abrigo formidable de los últimos restos del viejo imperio mahometano, se ostenta otra ciudad moderna, obra maravillosa de rapidez, para cuya construcción se han convertido los guerreros cristianos en artesanos y fabricantes. Esta ciudad-campamento es Santa Fe. Allí están Isabel y Fernando al frente de su ejército. Un día aparecen cortesanos y soldados vestidos de gala. General alborozo se nota en los reales de los cristianos. Despléganse los pendones. Retumba en la vega el estampido de tres cañonazos disparados desde la Alhambra. Se levanta el campamento, y se encamina hácia los muros de la soberbia ciudad. ¿Es que sonó la última hora para el pueblo infiel?

Un personaje moro, seguido de cincuenta caballeros musulmanes, se dirige con semblante místico hácia el Genil. Al llegar á la presencia de otro personaje cristiano, hace ademán de apearse de su palafren, é inclinándose su abatido rostro: «Tuyos somos, le dice, rey poderoso y ensalzado: estas son, señor, las llaves de este paraíso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.» Era el desgraciado Boabdil, el último rey moro de Granada, que entregaba las llaves de la Alhambra al victorioso Fernando con arreglo á la capitulación. Pronto reflejaron los rayos del sol en la luciente cruz de plata que los reyes Católicos llevaban consigo á los campamentos, simbolo del cristianismo victorioso del Koran, y el pendon de Castilla ondeó luego en una de las torres de aquel alcázar donde tantos siglos tremolara el estandarte del Profeta. Era el 2 de enero de 1492.

Llegó á su desenlace el drama heroico de ochocientos años, la Iliada de ocho siglos. La soberbia Ilión de los musulmanes está en poder de los cristianos. Consumóse el doble triunfo de la fe y de la independencia de España. Los orgullosos hijos de Mahoma, vencedores en el Guadalete, se han retirado llorosos, vencidos para siempre en el Genil. Las dos pobres monarquías que nacieron en los riscos de Asturias y en las rocas de Jaca son ya un solo y poderoso imperio que se extiende desde el Pirineo hasta los dos mares; y á esta grande obra de religión, de independencia y de unidad, han cooperado Dios, la naturaleza y los hombres.

Aun esperaba otra mayor remuneración á la perseverancia española. El premio ha sido tardío, pero será abundoso.

Habia un mundo que nadie conocia, y un hombre, que si no le habia adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto y en su corazón la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el mas grande pensamiento que jamás habia concebido ingenio humano. Por lo mismo los príncipes y soberanos de Europa le habian desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionario merecedor solo de compasión. Solo hay una potestad en la tierra que se atreva á prohiar el proyecto



de Colon. Es la reina Isabel de Castilla. Colon merecia descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera: Isabel merecia el mundo que se iba á descubrir, y vino un Colon á brindarla con él. Merecianse mutuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la majestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.

Atónito se quedó el mundo antiguo cuando supo que aquel temerario navegante, que desde un pequeño puerto de España habia tenido la audacia de lanzarse en una miserable flotilla á desconocidos mares, en busca de continentes desconocidos tambien; que aquel visionario despreciado de las coronas, convertido ya en cosmógrafo insignificante, habia regresado á España y ofrecido á los pies de su real protectora testimonios irrecusables de un nuevo mundo descubierto. Ya no quedó duda de que el *Nuevo Mundo* existía, y la fama de Colon voló por el *Mundo Antiguo*, que admiró y envidió la gloria del descubridor, y admiró y envidió la gloria de España, á quien aquel mundo pertenecia, y admiró y envidió la gloria de Isabel, á quien se debía la realizacion del maravilloso proyecto.

Encontróse, pues, España la mayor potencia del orbe, á pesar de la famosa línea de division que un papa hizo tirar de polo á polo *por la plenitud de la potestad apostólica*, para señalar á los españoles la parte que les correspondia poseer en aquellos remotos climas.

El globo se ha agrandado; el comercio y la marina se extenderán por la inmensidad de un Océano sin riberas; los metales del Nuevo Mundo harán una revolucion en la hacienda, en la propiedad, en las manufacturas, en el espíritu mercantil de las naciones, y las cruzadas para la conversion de idólatras reemplazarán á las cruzadas contra los mahometanos.

No se cansaba la fortuna de halagar en este tiempo á los españoles; y como si fuese poco haberlos libertado del yugo musulman y haberles dado un nuevo mundo, les abre otro vasto campo de glorias en el centro de la Europa civilizada. Despues de haber peleado ochocientos años dentro de su propio territorio, salen á gastar sus instintos guerreros en tierras extrañas. Los unos van á llevar su civilizacion á pueblos incultos del otro lado del Océano, los otros van á recibir otra civilizacion mas culta del otro lado del Mediterráneo, viniendo y conquistando en ambos hemisferios. Porque mientras el sol de Occidente alumbraba sus conquistas en la India, el sol de Oriente ilumina sus triunfos en Italia. Allí se agregan imperios inmensos á la corona de Castilla; acá las pretensiones de Carlos VIII y de Luis XII de Francia sobre la posesion de las Sicilias son atajadas por la espada de Fernando el Católico, que asegura para sí la dominacion de aquellos países, que tan fértiles como son, no producen tantos laureles como ganan los tercios y los capitanes españoles. Sandricourt, Lafayette, Bayardo, la flor de los caballeros de Francia, son eclipsados por Antonio de Leyva, Pedro Navarro y Garcia de Paredes. El duque de Nemours, el último descendiente de Clodoveo, recibe la muerte en Cerinola por mano de Gonzalo de Córdoba, el solo entre tantos guerreros como han producido los siglos que goza el privilegio de ser conocido en todo el mundo con el nombre de *el Gran Capitan*; merecida distincion, y digna honra del vencedor de Garillano. Si mas adelante otros capitanes pasean la bandera victoriosa de Castilla por los dominios de Africa y de Europa al frente de la invencible infanteria española, esos capitanes se habrán formado bajo los pendones y en la escuela del Gran Gonzalo.

Mucho, y con sobrada justicia, lloraron los españoles la muerte de su adorada reina la magnánima y virtuosa Isabel, que vino á enlutar sus corazones en estos momentos de interior prosperidad y de exterior grandeza. Pero fué Isabel un astro, que á semejanza del sol siguió todavía difundiendo las emanaciones de su luz despues de haberse ocultado.

La protectora de Cristóbal Colon y de Gonzalo de Córdoba habia sabido sacar de la soledad y del retiro y colocado en alto puesto á otro varon eminente, dechado de virtud y prodigio de talento, que no era ni navegante ni soldado, sino un religioso que vestia el tosco sayal de San Francisco. Este esclarecido genio que llegó á gobernar la monarquía desde la silla primada de España, concibe la osada empresa de plantar el pendon del cristianismo en las ciudades musulmanas de la

costa berberisca é incorporarlas á los dominios españoles. Y lo que es mas, lo ejecuta á sus expensas y dirige por sí mismo la atrevida expedicion. Sucumbe la opulenta Oran. Brilla la cruz en sus adarves, y ondea en sus almenas el estandarte de Castilla. Y las victoriosas tropas españolas presencian el extraño espectáculo de un franciscano, que rodeado de guerreros y de frailes, con la espada ceñida sobre la humilde túnica, se adelanta á recibir las llaves de la poco há orgullosa y ahora rendida ciudad morisca. Era el insigne cardenal Cisneros, honor de la religion, lustre de las letras, gloria de las armas y sosten de la monarquía.

Continúa su obra el brioso Pedro Navarro, el compañero de Gonzalo en Italia, y el que ha dirigido el ataque de Oran, y hace ciudades españolas á Bujía, Argel, Túnez, Tremecén y Tripoli. Solo se detiene ante la catástrofe de los Gelves.

Navarra, único fragmento del territorio español que habia permanecido independiente y segregado, pasa á formar parte de la gran monarquía. Fernando el Católico la ha conquistado. Importante adquisicion para un imperio, que abarca ya posesiones inmensas en las tres partes del globo.

Pero estaba decretado que esta pingüe herencia habia de ser patrimonio de una familia extraña. La Providencia lo quiso así, y lo preparó por medios que nos será permitido sentir, ya que no nos sea permitido objetar. Adoradores respetuosos de sus altos juicios y de sus decretos inescrutables, encaminados siempre al magnífico plan de la armonía del universo, lícito nos será lamentar como hombres que en las combinaciones de esta universal armonía tocara á la España en el período de su mayor grandeza, ser regida por un príncipe nacido y educado en extrañas y apartadas tierras.

Contra todos los cálculos probables de sucesion habian subido Isabel y Fernando á sus respectivos tronos; contra todos los cálculos probables de sucesion bajan prematuramente sus hijos al sepulcro, y solo les sobrevive para heredarlos una princesa casada con un extranjero, despojada además, y cuyas enajenaciones mentales la incapacitan para la gobernacion del reino. Desciende tambien su esposo á la tumba apenas gusta las dulces amarguras del reinar; y cuando la trabajosa restauracion de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una administracion sabia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha extendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia á costa de años y de heroísmo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcias, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragon, pasa íntegra á manos de Carlos V de Austria. Nueva era social.

## XI

El reinado de los reyes Católicos, todo español y el mas glorioso que ha tenido España, es la transicion de la edad media que se disuelve á la edad moderna que se inaugura.

Carlos V encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.

Confesamos que el reinado de Carlos V nos admira, pero no nos entusiasma. Porque nos admiran los grandes hombres y los grandes hechos, nos entusiasman solo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magníficas expediciones y por el brillo aparente de las conquistas. Querriamos mas gobernadores prudentes que revolvedores del mundo. Las empresas gigantescas llevan siempre algo maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes maniobras.

Pudieron justificar las circunstancias en que entonces la nacion se encontraba el afán del Cardenal regente por abrir y desembarazar á Carlos el camino del trono, y por hacerle proclamar. El pueblo le miraba mas receloso, y no se apresuraba

tanto. ¿Quién fué mas visor, el instinto popular, ó el talento del gran político? El regente arzobispo, con el fin de abatir una nobleza soberbia, quiso entregar á Carlos una autoridad real robusta, y deseando hacer un monarca respetado, preparó sin quererlo un señor absoluto. «Estos son mis poderes,» les dijo á los nobles mostrándoles los cañones y arcabuces que preparados tenia; y Carlos fué proclamado. La expresion fué conceptuosa y enérgica; pero el príncipe en cuyo obsequio se pronunció habia de saber aprovecharse bien de aquella especie de sancion de la *ultima ratio regum*. El mismo cardenal Cisneros fué el primero que recibió por premio de su celo monárquico y de su adhesion personal aquella fria y desdeñosa carta de Carlos, que ó le ocasionó, ó le aceleró la muerte. Desengaño amargo, y ejemplo insigne de ingratitud. Poco tiempo despues reemplazaba al venerable y sabio prelado español en la silla primada un extranjero ignorante é imberbe: escándalo grande para un pueblo religioso.

Disgustaba además á los españoles un príncipe que ni habia nacido en el suelo, ni hablaba su lengua, ni menos conocia sus costumbres, y que tanta impaciencia habia mostrado por titularse rey de España, viviendo todavía su madre, la legítima reina de Castilla, á quien no obstante el lamentable estado de su juicio conservaban grande aficion y cariño los castellanos. Veíanle venir rodeado de flamencos, y el recuerdo de los tesoros devorados por la comitiva parásita que ya con su padre habia invadido la España, y de la audacia y la rapacidad que aquellos habian desplegado, no era en verdad para que auguraran bien ni se mostraran devotos del príncipe flamenco.

No tarda el disgusto en trocarse en exasperacion, y el descontento en convertirse en rebelion formal. Elegido Carlos emperador de Alemania, dispónese á salir de España para tomar posesion de la corona de Carlos-magno. Pide un subsidio exorbitante, y convoca las Cortes de Castilla para un punto desusado y extremo de la Península. La demanda, el objeto, la forma, todo desazona á los castellanos, y apenas el sucesor de Maximiliano abandona las playas españolas, se agitan las ciudades, se ensaña el furor popular contra los procuradores que votaron el impuesto, y se alzan en armas las comunidades de Castilla, no contra Carlos, sino contra la violacion de sus fueros y en vindicacion de sus antiguas libertades. El levantamiento, mas en justicia fundado, y con mas valor sostenido, que dirigido con circunspeccion y ordenado con acierto, sucumbe ante las armas imperiales auxiliadas de la nobleza, á quien los comuneros no han sabido atraer. Perven, pues, las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar, y Padilla y los principales caudillos de las comunidades expian su ardor patriótico en un cadalso. Inútil, aunque heroicamente, intenta sostenerlas en Toledo una mujer animosa, enamorada á un tiempo de un esposo que acababa de perder y de una libertad que acababa de sucumbir. Fué la última protesta armada de la libertad contra la opresion. Desde entonces las Cortes quedan reducidas á una mera fórmula, y no serán ya llamadas sino á votar los impuestos. El emperador publicó un edicto perdonando á los insurgentes, pero pasaban de doscientos los exceptuados. No era fácil castigar de muerte á casi todos los habitantes de la Castilla entera. Con tales auspicios se inauguró en España el primer soberano de la casa de Austria.

Desde que Carlos se aleja de la Península, la historia del emperador oscurece y eclipsa la historia del rey. En vano es que declare en una carta patente que el anteponer en los despachos el título de Emperador de Alemania al de rey de España no parará perjuicio á esta corona. Los actos pregonan casi siempre al emperador; y el nombre de Carlos V con que entonces y ahora ha sido universalmente apellidado, siendo el I de España, está revelando todavía que no era lo español lo que predominaba en la majestad imperial.

No tardó en demostrar el nieto de Isabel y de Maximiliano, que si por la herencia de la primera era el mayor potentado del orbe, y por la del segundo se encontraba el mayor monarca de Europa, la grandeza de sus pensamientos correspondia á la magnitud de sus dominios. La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponia jamás el sol, era demasiado brillante para que dejara de ir halagando á los españoles.

Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad; veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi á un tiempo en Méjico y en Italia, vencer á Motezuma y hacer prisionero á Francisco I; y que los capitanes y soldados españoles recogian á su sombra larga cosecha de laureos. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco á poco la pérdida de sus libertades, la emigracion de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos laureos. Llegaba á España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de las víctimas. No se reparaba que los brazos que iban á manejar la espada en remotas tierras se robaban á la agricultura y á las artes: que allá iban á ganar reinos que no habian de poder conservarse, ó á imponer la esclavitud á otros pueblos, ó á decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior, y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las Cortes permanecian mudas, y solo hablaban las partes de las batallas. Así España se acostumbraba á entregarse á un hombre. Al fin este le daba glorias. Cuando pasada una generacion le falten las glorias, continuará atada á la voluntad de un hombre por mas de una generacion.

Imposible es por lo demás dejar de reconocer la grandeza de quien supo elevarse y descollar sobre los eminentes príncipes que encontró ya al frente de los demás estados de Europa; un Francisco I de Francia, un Enrique VIII de Inglaterra, un Soliman II de Turquía, un pontífice como Leon X, cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo. Epoca de soberanos insignes y de capitanes que merecian ser soberanos; y sin embargo, nunca se oscurece ni anubla el nombre del rey-emperador.

Carlos V y Francisco I; hé aquí las dos figuras de mas bulto en esta galería de personajes famosos. Rívalos de por vida, sus codiciosas pretensiones trajeron desasosegado el mundo, y costaron muchas miserias á la humanidad. «Si Dios hubiera querido, dice un elocuente escritor, que estos dos monarcas se uniesen, la tierra hubiera temblado bajo sus pies.» Nosotros creemos que tembló de todos modos. Lo que hizo su mutua envidia fué que ninguno de los dos pudiera encadenarla. Carlos con mas vastos dominios, pero mas desparramados y no bien sujetos; Francisco con estados mas cortos, pero mas concentrados, vencieronse alternativamente sin poder destruirse. Pero el emperador humilló mas veces al rey, y el vencedor de Marignan cayó prisionero en Pavia, y vióse mas de una vez forzado en los campos de batalla á jurar el cumplimiento de tratados ominosos impuestos en la prision.

Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Carlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Africa y en Turquía, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no habia para él distancias de estado á estado, y se hallaba en todas partes. El emperador alemán del siglo XVI anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energia de las resoluciones, aunque con mas desigual fortuna en los azares de la guerra, excedióle en la espontaneidad del retiro cuando conoció que su estrella se eclipsaba.

Necesitando ambos de alianzas, era en esto Carlos mas político y mas mañoso que Francisco: escrupuloso, ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos habian pasado. Carlos representaba ya el monarca de los tiempos modernos, y poseia la política de gabinete. Descubriase en las miras del emperador, justas ó injustas, otra grandeza, otra elevacion, que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Carlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos á la unidad religiosa. El emperador sin la oposicion del monarca francés hubiera podido dominar la Europa, y aun así lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés aun sin la oposicion del emperador, probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco